

CAPÍTULO 1



Me llamo Alejandra. Me llamo Alejandra y nací en Iberia Centro. Eso se encuentra en otra galaxia, en otra época, a una distancia de aquí tan inconcebible que cuando pienso en ella me siento como si me estuviese precipitando en un agujero negro. Y quizá sea eso lo que me está ocurriendo... Llevo horas caminando en medio de la nada, pisando un suelo de sal que no es verdaderamente sal (aquí nada es lo que parece), avanzando hacia el horizonte bajo un cielo cobrizo que no cambia nunca. Este vacío me está volviendo loca... Por eso tengo que repetir mentalmente mi nombre una y otra vez, para recordarme quién soy y por qué estoy aquí. Al menos, eso me hace sentir que todavía soy dueña de mis pensamientos... Aunque ¿por cuánto tiempo?

Podría haberme quedado en las montañas, con Yohari. Al menos, él pertenece a un mundo que yo puedo comprender. No es mi mundo, ni sus problemas son mis problemas;

pero podrían terminar siéndolo, porque al fin y al cabo son problemas humanos, problemas prácticos, de los que se plantean en todas las sociedades y en todas las épocas. Además, están preparando el viaje de regreso a la Tierra. Nosotros, en cambio, nos alejamos más de ella con cada paso que damos... Algo en mi interior me lo dice.

Sin dejar de caminar, Martín me tiende una pequeña cantimplora elástica. Bebo un poco y, al devolvérsela, le lanzo una rápida mirada. Parece muy cansado, pero su rostro no refleja ningún miedo. Al contrario que el mío, supongo... Este desierto blanco me saca de quicio.

—No se ve nada ahí delante —le oigo decir a Jacob.

Nadie le responde. Es como si los cristales salinos que pisamos nos mantuviesen hipnotizados, mirando permanentemente al suelo. Son muy extraños, estos cristales... Si uno se fija bien, se ve que forman un complicado puzle de piezas poligonales perfectamente encajadas entre sí. Son piezas pequeñísimas, espejos del tamaño aproximado de una uña, y todos parecen distintos. Estoy segura de que el material que los compone no es ningún mineral formado por procesos naturales, sino algo mucho más complejo y sofisticado. Algo peligroso, maligno, diseñado para confundir nuestras mentes. Suena disparatado, lo sé... Pero si algo me transmite la desolación de este paisaje, es una profunda sensación de irrealidad.

Por un momento me quedo parada, contemplando mi reflejo deformado en los cristales blancos. Es como caminar sobre un lago tranquilo que repentinamente se hubiese roto en millones de pedazos. Algunas veces, cada espejo parece funcionar de forma autónoma, y veo mi rostro en miniatura multiplicado miles de veces alrededor de mis pies; otras veces,

sin embargo, cada pieza refleja tan solo una parte de mi cuerpo, y entre todas componen una imagen única. Me pregunto si no estaré soñando, si todo esto no será más que una pesadilla... Pero no. Me llamo Alejandra, y vine a Eldir con los cuatro de Medusa. Supongo que estoy aquí por Martín... O quizá no. Quizá no he hecho más que dejarme llevar por los acontecimientos, hasta ahora. Quizá nunca, desde que salí de mi casa en Iberia Centro, he tomado una decisión verdaderamente mía.

Martín acaba de cogerme de la mano. En silencio, me la aprieta con fuerza, aunque sin llegar a hacerme daño. Ha debido de leerme el pensamiento a través de sus implantes neurales. Mala señal, me digo, y noto un peso inexplicable en la boca del estómago. Antes, Martín no podía leerme el pensamiento. Yo era la única persona del mundo que estaba a salvo de sus poderes... Según él, eso se debía a que le importaba demasiado lo que yo pensaba, y su inquietud interfería en el proceso, impidiéndole captar los vaivenes de mi mente. Tal vez lo que ocurre es que ya no le importo tanto... Por eso puede ver dentro de mí como ve dentro de los demás. Ya no soy tan especial para él como antes.

Esto último, si lo ha captado, ha debido de dolerle, porque me mira con ojos heridos.

—¿Qué te pasa, Alejandra? —me pregunta, sin preocuparse de que los otros le oigan—. No pareces la misma desde que Yohari te secuestró. Es como si... como si ya no creyeses en nosotros.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Si no creyeses en nosotros, no estaría aquí contigo —contesto, evitando su mirada—. Además, no sé qué tiene que ver Yohari en esto... Estoy asustada, y nada más.

Martín asiente, comprensivo.

—La verdad es que esto no es lo que esperaba —murmura—. No sé qué esperaba, en realidad... Por las palabras de Koré, creí entender que el Palacio se encontraba relativamente cerca. Supongo que ella tiene una percepción de las distancias muy diferente de la nuestra.

—Yo creo que nos hemos precipitado —me atrevo a observar, mirando de reojo a Deimos, que camina un poco por detrás de nosotros—. Deberíamos haber recordado que Koré no es humana antes de seguir sus indicaciones. Probablemente ella no ha tenido en cuenta cosas como los alimentos y el agua que vamos a necesitar, o el cansancio de nuestros músculos. Quizá deberíamos volver...

Me callo al notar la mirada que intercambian Casandra y Deimos.

—Es demasiado pronto para que nos demos por vencidos —dice este último—. Solo llevamos unas horas andando; la monotonía del paisaje hace que se nos haga más largo, eso es todo.

—Sin contar con la gravedad de Eldir... —apunta Casandra.

—Eso también —dice Deimos—. La gravedad es muy alta, es lógico que nos sintamos fatigados. Si queréis podemos hacer un alto y descansar.

Es como si los dos se hubiesen puesto de acuerdo para rebatir mis argumentos. Eso me recuerda que Deimos es el más interesado en esta expedición, ya que se supone que en el Palacio del Silencio vamos a encontrar las claves para devolver la memoria a los condenados de Eldir, entre los cuales se encuentra su padre. Le entiendo, por supuesto, y también entiendo el empeño de Casandra por respaldarle. Sin embargo,

creo que, ahora mismo, no están siendo razonables... Para que esta expedición salga bien, deberíamos venir mejor preparados. No traemos agua más que para un par de días como mucho, y nuestras provisiones se reducen a unas cuantas docenas de galletas de algas. Tampoco tenemos un vehículo, ni combustible... ¿Qué haremos si el Palacio está más lejos de lo que pensamos?

De todas formas, nadie más que yo se muestra preocupado. La idea de descansar un rato nos parece bien a todos, incluida a mí, así que nos sentamos sobre el suelo de cristales y bebemos un trago de nuestras cantimploras. Martín saca un par de galletas y me tiende una. Yo no tengo hambre, pero acepto el ofrecimiento y mordisqueo el verdoso rectángulo sin mucho entusiasmo. Supongo que no me vendrá mal reponer fuerzas.

—Qué extraño es este terreno —comenta Casandra con los ojos fijos en la falsa sal del suelo—. Me pregunto de qué estará compuesto.

Jacob pasa un dedo sobre los cristales blancos y después se lo lleva a la boca. Frunce el ceño mirándose el índice que acaba de chupar.

—Es increíble. Sabe realmente a sal... No sé por qué, no me lo esperaba.

Rozo con la palma de la mano los lisos polígonos. Evito mirarlos directamente, ya que, a tan escasa distancia, la luz de su reflejo hace daño a la vista. Están fríos, casi parecen de hielo. Yo esperaba que desprendiesen calor, pues el sol cae a plomo sobre su superficie, pero no... Si mantienes la piel en contacto con ellos durante mucho tiempo, su frío llega a quemarte, como el de la nieve.

—Quizá Alejandra tenga razón —dice de pronto Martín, rompiendo el silencio—. Tendríamos que haberle hecho

más preguntas a Koré antes de ponernos en camino. Ni siquiera sabemos si ese tal Ixión que, según ella, custodia las memorias de los condenados, está vivo todavía... Ella no tiene la misma noción del tiempo que nosotros.

—Cuando lleguemos al Palacio del Silencio saldremos de dudas —contesta Deimos—. Lo recorreremos hasta dar con Ixión, y le pediremos todas las explicaciones que queráis.

—¿Y si está armado? —dice Selene, despegando los labios por primera vez desde que salimos de la guarida de Hel—. ¿Y si nos ataca antes de que podamos preguntarle nada? Ni siquiera sabemos si está solo... No creo que lo esté. ¿Qué iba a hacer un hombre solo en medio de un desierto como este?

—Os preocupáis demasiado —contesta Uriel, mirando a Selene con una angelical sonrisa—. Está escrito que devolveré la memoria a los condenados, así que no sé de qué tenéis miedo. Cuando Ixión me vea, comprenderá. Ya veréis como todo sale bien.

A Selene se le escapa un ruidoso suspiro de impaciencia, pero no dice nada. Es inútil tratar de discutir con Uriel, todos lo sabemos a estas alturas... Para ella, las profecías del *Libro de las Visiones* son una especie de oráculo que inevitablemente debe cumplirse. Y lo más curioso es que, hasta ahora, los hechos le han dado la razón. El Libro parece acertar en todas sus predicciones... Es inquietante.

De pronto, no sé por qué, me viene a la memoria Ur, el dragón de agua que custodia Quimera. Él creyó advertir una misteriosa conexión entre el *Libro de las Visiones* y yo. Por lo visto, existe una grabación de audio muy antigua con fragmentos literales de ese texto, y, según él, la voz de esa grabación y la mía son idénticas.

Además, está esa extraña coincidencia... Esa frase que yo escribí siendo casi una niña, cuando aún vivía en Iberia Centro, y que figura en la versión más antigua que se conserva del Libro. Es como si todo apuntase a que yo tengo algo que ver con los orígenes del areteísmo.

Más de una vez se me ha ocurrido una posibilidad bastante perturbadora: ¿Y si yo fuera la autora del *Libro de las Visiones*? Tiene más sentido de lo que parece... Si dentro de unos años vuelvo al pasado y pongo por escrito todo lo que he vivido con Uriel y los cuatro de Medusa, parecerá una colección de profecías, porque estaré contando cosas que, para la mayoría de la gente, aún no han sucedido. Eso explicaría por qué el Libro siempre acierta. Pero no explicaría muchas otras cosas, por ejemplo la aparición de Uriel en Areté mil años después de que Diana Scholem viviera...

No sé. Todo esto es tan complicado que me mareo solo de pensarlo. Por un lado, la idea de que yo vaya a escribir ese libro me aterra, porque hace recaer sobre mí una responsabilidad abrumadora. Además, ahora que sé todos los malentendidos que va a provocar ese texto, todas las versiones corrompidas y manipuladas que van a circular de él, ¿qué podría impulsarme a escribirlo? Aunque tal vez no tenga elección... El libro está escrito, eso es un hecho, así que, llegado el momento, quizá haya algo que me obligue a escribirlo, aunque ahora esa perspectiva me repugne.

Por otro lado, si escribo el *Libro de las Visiones*, eso quiere decir que, algún día, volveré al pasado. El libro es muy antiguo, nadie lo pone en duda... ¿Significará eso que realmente voy a salir algún día de este infierno, que voy a regresar a la Tierra, y a mi época? Yo ya casi había perdido la esperanza de que eso sucediera. Se supone que la esfera ha sido

destruida en la guerra entre las corporaciones, con lo cual, si viajo al pasado, tendría que regresar a una época anterior a la de mi partida, cuando la esfera aún existía. Eso implicaría que, en algún momento del siglo XXII, hubo dos Alejandras de distintas edades viviendo a la vez en nuestro planeta... ¿e ignorándose mutuamente! Porque, si yo me hubiese visto a mí misma de mayor en algún momento de mi vida, lo recordaría, ¿no? Quiero decir... Lo lógico sería que me hubiese reconocido; aunque mi yo futuro habría podido estar observándome bajo una máscara virtual, y mi yo del pasado no se habría enterado de nada.

Parece todo tan absurdo... Pero es posible; la máquina del tiempo hace posibles ese tipo de paradojas. Aunque, ahora que lo pienso, si yo hubiese regresado al pasado en una fecha anterior a la de la destrucción de Medusa, el viaje habría quedado registrado en la esfera. Herbert lo habría detectado... Pero no fue así. De modo que no regresaré nunca a una fecha en la que ya he vivido, lo cual, sinceramente, me produce un gran alivio.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta Martín, mirándome con curiosidad—. Se te ha puesto una cara de susto...

—Estaba pensando en el *Libro de las Visiones*; en su origen —le respondo.

Creo percibir una advertencia en los ojos de Martín, y comprendo que no debo seguir hablando. Es mejor que Uriel no me relacione con el Libro, no sea que empiece a tratarme como a una especie de oráculo viviente.

La niña, por fortuna, no parece haber prestado ninguna atención a mis palabras.

—¿Por qué no seguimos andando? —propone alegremente, levantándose de un salto—. Ya hemos descansado

mucho, ¿no? Y estoy deseando llegar al Palacio del Silencio. Estoy deseando ver la cara que pone Ixión al verme. Se va a quedar de piedra... O puede que no. ¡A lo mejor me está esperando!

La seguimos, aunque nadie parece compartir su ilusión, ni siquiera Deimos. Al menos él es consciente de los peligros a los que nos enfrentamos. Cansancio, hambre, sed, amenazas desconocidas...

No sé por qué, tengo la impresión de que todos mis amigos están planteándose para sus adentros la posibilidad de dar media vuelta y regresar por donde hemos venido.

* * *

La llanura es tan monótona que, muy pronto, mis pasos se vuelven mecánicos. Es como si mis piernas caminasen solas, como si el impulso de moverse no lo recibiesen de mí, sino del exterior. El caso es que, independientemente de mi voluntad, ellas me arrastran hacia delante a un ritmo siempre igual. Al cabo de unos minutos, me desentiendo de ellas y cierro los ojos.

Es extraño caminar con los ojos cerrados. A cada momento tienes la sensación de que vas a chocar con algo o de que vas a tropezar, y tienes que hacer un esfuerzo deliberado para no abrirlos. Al final, después de un rato resulta agotador. Me siento mareada...

—Mirad ahí delante —le oigo decir a Jacob, muy excitado—. ¡Hay una torre! Por fin...

Abro los ojos y miro hacia la silueta negra y diminuta que se recorta sobre el horizonte. En la cúspide brilla una luz vacilante, tal vez un fuego. Desde aquí, la verdad, la cons-

trucción no impresiona mucho. Me había imaginado el Palacio del Silencio bastante más grande...

A medida que nos aproximamos, mi decepción no hace sino aumentar. La torre no forma parte de ningún complejo arquitectónico más amplio; por el contrario, se encuentra completamente aislada. Y ni siquiera parece demasiado alta... Ahora que estamos más cerca, distinguimos perfectamente la enorme antorcha que la corona. Sus llamas cambiantes, de color anaranjado, son lo más imponente de la torre. Me recuerda a los faros de la antigüedad, y tal vez su función no sea muy distinta; esa luz podría estar ahí para orientar al caminante en medio de este interminable desierto de sal, igual que los faros guían a los marineros en el océano.

De todas formas, la aparición de la torre nos ha dado al menos un objetivo hacia el que avanzar, y todos apretamos el paso. Quizá estemos llegando al final de esta extraña travesía. Quizá Ixión nos haya visto y salga a recibirnos...

Pues no. No sale nadie. Estamos ya al pie de la torre, y ninguno de nosotros puede disimular su desilusión. No es más que una construcción de piedra oscura sin puertas ni ventanas. Como mucho tendrá unos diez metros de alto... Además, se encuentra bastante deteriorada. Justo por debajo de la antorcha, que es una ancha copa de cobre verde azulado, se ve un friso de motivos geométricos muy desgastado, al que le faltan algunos fragmentos. Reconozco en algunas de sus figuras los símbolos que decoran los muros de Areté y que, según Selene, corresponden a las constelaciones del mapa enviado por los extraterrestres.

—Esto no puede ser el Palacio del Silencio —dice Uriel con los ojos muy abiertos.

—No se ve ninguna entrada —murmura Martín—. Es imposible que aquí viva nadie...

—Pero alguien tiene que mantener vivo ese fuego —argumenta Selene.

—Quizá haya algún dispositivo informático que lo alimente —contesta Martín—. O quizá alguien venga a repostar el combustible cada cierto tiempo. En cualquier caso, está claro que esto no es lo que buscamos.

—Koré debería haber especificado más —dice Deimos con los ojos clavados en el fuego de la torre—. Podría habernos hablado de esta construcción... Ni siquiera se me ocurre para qué puede servir una antorcha gigante en un sitio como este.

—Un faro —dice Casandra, expresando en voz alta lo que yo estaba pensando hace un momento—. Pero ¿para quién, o para quiénes? No parece un lugar muy transitado.

—Es lógico —gruñe Jacob—. ¿Quién querría venir aquí? No me extrañaría que fuésemos los primeros en mucho tiempo.

—De todas formas, es la única señal de presencia humana que hemos encontrado en todo el día —dice Casandra pensativa—. Tal vez deberíamos quedarnos aquí y esperar a ver si viene alguien... No hay ninguna otra construcción más adelante, al menos hasta donde me alcanza la vista.

—Pues yo creo que debemos seguir —contesta Deimos, sorprendiéndonos a todos con su vehemencia—. Si Koré dijo que el Palacio no estaba lejos, es que no está lejos. A lo mejor es una estructura enterrada en el subsuelo, algo que no se ve desde aquí.

Nadie tiene fuerzas para contradecirle. Al fin y al cabo, ¿qué más da lo que hagamos? No tenemos ni idea de lo que

andamos buscando, así que cualquier decisión puede llevarnos a cometer un error. Sin embargo, algo hay que hacer, y seguir andando es una opción tan buena como otra cualquiera.

Eso pienso al principio. Pero después de dos horas de marcha y de haber dejado atrás la torre hace mucho tiempo, empiezo a dudar. Siento calambres en los músculos de las piernas, y la cabeza me da vueltas. A cada momento tengo la impresión de que me voy a caer al suelo, aunque, no sé cómo, me las arreglo para seguir avanzando.

El agotamiento empieza a jugarme malas pasadas. Desde hace un rato, veo los polígonos brillantes del suelo también a los lados y sobre mi cabeza, formando un túnel de paredes curvas. Y en ese túnel solo estamos Martín y yo; los otros han desaparecido.

Sé que es un espejismo, ¡tiene que serlo! Pero parece tan real... Se diría que la llanura se ha enrollado a nuestro alrededor, que se ha cerrado sobre sí misma al sentir nuestros pasos sobre su superficie, convirtiéndose en una trampa sin salida.

Estoy desvariando, lo sé. Para intentar convencerme de que todo es una ilusión, miró hacia atrás, pero ya no veo la torre de la antorcha ni las montañas de Hel. Solo veo el túnel prolongándose infinitamente, vacío y brillante. Debo de estar perdiendo la cabeza.

«Me llamo Alejandra», me repito una vez más. «Me llamo Alejandra y nací en Iberia Centro. Un día volveré a mi mundo, al mundo al que pertenezco de verdad. Estoy cansada, quiero volver a casa...».

Oigo una exclamación detrás de mí y vuelvo la cabeza. Milagrosamente, la llanura vuelve a extenderse infinita a mis espaldas, aunque la torre y las montañas ya no se distinguen.

Y al mirar nuevamente hacia delante... Supongo que a mí también se me escapa un grito. Porque delante ya no está la llanura; ya no están ni el cielo cobrizo ni el suelo blanco. Lo que hay es un bosque, un cielo de un azul tan intenso y profundo que parece sobrenatural, y un sol brillante y lejano que baña el paisaje con sus rayos oblicuos.